

EL CANTO ANUNCIADOR

Por *Bernadine Beatie*

ESE año el invierno se había adelantado en la tierra de los Navajos. Te interesará saber que los Navajos pertenecen a una tribu de indios americanos de la familia atapasca. Estos indios, procedentes del Canadá, penetraron en territorio de los indios pueblo, entre los años ochocientos y novecientos de nuestra era. Actualmente están establecidos en "reservas" situadas en los límites de los estados de Arizona, Utah y Nuevo México. Los navajos constituyen el grupo indígena norteamericano más numeroso y próspero, y mantienen celosamente sus costumbres.

Durante la noche habían caído algunas pulgadas de nieve. Todavía era oscuro cuando el padre de Venado Corredor le dio un suave codazo para despertarlo.

-Levántate, hijo -susurró Caballo Solitario.

Todavía quedaba el rescoldo de un fueguito en el centro del hogar (choza de barro del indio Navajo), y a Venado Corredor le hubiera gustado acurrucarse debajo de las pieles de oveja que le servían de mantas para echar otro sueño; pero no quería desagradar a su padre. Ese día su familia iría al puesto de intercambio de productos; y, por primera vez en su vida, Venado Corredor tenía sus propias cosas para negociar: piñones que había recogido durante el otoño y un pequeño saco o bolsa lleno de lana.

Venado Corredor no esperó a que volvieran a llamarlo.

Poniéndose de pie de un salto, echó a un lado la piel de oveja que quedó cruzada frente a la puerta, única entrada de la choza, que daba a la salida del sol. Afuera, Venado Corredor inspiró profundamente el aire fresco de la mañana; luego corrió hacia una colina baja. Allí se quitó las ropas y saltó a un banco de nieve. Rodó en la nieve hasta que sintió en la piel un hormigueo, y se le fue la modorra. "¡Ay! ¡Ay!", repetía Venado Corredor, castañeteándole los dientes mientras se vestía. Luego regresó a la casa. Su padre se sentiría complacido al saber que él se había dado esa mañana su baño de nieve sin que se le hubiera pedido hacerlo; los baños de nieve le ayudarían a ser vigoroso y lo capacitarían para soportar privaciones.

A Venado Corredor le brillaron los ojos cuando pensó en la barrita de plata, y tal vez en la piedrecita de turquesa, que podría obtener a trueque de sus mercancías. Entonces estaría en condiciones de labrar sus propias joyas y venderlas. Seguramente que en ese caso su padre no se opondría a que él inventara nuevos diseños, especialmente si usaba su propio material.

Allá en la choza la madre de Venado Corredor estaba preparando un magro desayuno. Levantando la vista, sonrió a su hijo.

-Cuando regresemos hoy, tendremos mucho alimento -dijo señalando la fina alfombra que había tejido, la cual estaba primorosamente doblada.

Venado Corredor sonrió. Aun su hermanita, Pájaro Blanco, parecía darse cuenta de que ése era un día importante para él. Allí en su cunita gorgoreaba alegremente y movía sus puñitos en el aire.

De pronto, fuera de la choza se oyó el canto anunciador de un visitante. Venado Corredor notó la rápida mirada que sus padres se cruzaron y se dio cuenta de que ellos lamentaron que ese visitante demoraría la partida de la familia. Venado Corredor reconoció la voz de su amigo Águila Buena.

Aunque el rostro de su padre se mantuvo calmo cuando levantó el cuero de oveja que había frente a la entrada de la choza, Venado Corredor comprendió que su progenitor no se sentía complacido con la visita de Águila Buena. El padre siempre se mostraba bastante impaciente con la familia del muchacho Águila Buena cuyo padre a veces desaparecía por meses, dejándolos a él y a su madre a merced de las circunstancias.



No obstante, en el hogar de Venado Corredor todos los visitantes debían ser agasajados y bienvenidos. Caballo Solitario murmuró un saludo cuando Águila Buena entró suavemente en la choza, observando la costumbre de los navajos de pasar del lado izquierdo del fuego.

Al notar el rostro enjuto de Águila Buena y la expresión de hambre en sus ojos, Venado Corredor se sintió muy apenado. Cuando se sentaron a desayunar, Águila Buena dio sólo un pequeño mordisco a su porción de pan, y, cuando pensó que nadie lo veía, deslizó el resto en un pequeño zurrón o bolsita que llevaba consigo. Quería llevárselo a su madre.

Eso lo vio únicamente Venado Corredor. "¡Ay! ¡Ay!", susurró. A veces él no se detenía a pensar en cuán afortunado era. Nunca jamás volverla a envidiar a su amigo Águila Buena. En cambio, trataría de ser un hijo más agradecido y no se irritaría cuando sus padres insistieran en que él aprendiera las antiguas costumbres de su pueblo.

Águila Buena se fue tan pronto como la cortesía se lo permitió.

-Pobre muchacho -murmuró la madre de Venado Corredor-, con tanta hambre y tanto frío.

Y al decir eso, sus ojos descansaron amorosamente sobre Venado Corredor.

-El debiera haber juntado piñones como lo hizo nuestro hijo -fue la respuesta cortante de Caballo Solitario.

-El quiso hacerlo. Quiso ir al bosque para recoger piñones, pero su madre estaba enferma -explicó inmediatamente Venado Corredor.

-¡Ah!, tú siempre lo defiendes. Si su madre cuidara sus ovejas en lugar de sentarse todo el día al sol, tendrían alimento en su hogar -replicó vivamente Caballo Solitario.

Durante todo el largo viaje que hicieron hasta el puesto de intercambio, Venado Corredor trató de borrar de su memoria la expresión de hambre que había advertido en el rostro de su amigo. Y aunque la bebida roja de la botella que el traficante del puesto le dio, endulzó y refrescó su lengua, sus pensamientos no pudieron apartarse de esa expresión de hambre que había visto en los ojos de Águila Buena.

Finalmente el orgullo que le inspiró su madre cuando se acercó al puesto para negociar su mercancía, le hizo olvidar por un momento a su amigo. Cuán hermosa la veía, ataviada con su falda plegada que le llegaba hasta los pies calzados con mocasines, y con su sobreblusa de terciopelo de color brillante, ajustada a la cintura con un delicado cinturón, toda una joya de orfebrería, de plata y turquesa. Su andar suave y garboso no perturbaba a Pájaro Blanco, que dormía plácidamente en la cuna transportable que la madre llevaba a la espalda.

Ahora le tocaba el turno a Venado Corredor. Enderezó los hombros, caminó sin vacilar hacia el mostrador y miró en los ojos al traficante. Señalando su saco lleno de lana y su cesta de piñones, escogió una barrita de plata. El traficante asintió con la cabeza. Luego añadió a la plata una pieza de turquesa. Cuando Venado Corredor notó eso le dio un vuelco el corazón. Por cierto que estaba obteniendo un buen precio por sus mercancías. Cerró los ojos y procuró imaginar los hermosos prendedores que haría con ese material; pero cuando echó una mirada a lo que tenía sobre el mostrador, le pareció que en la barra de plata fulguraba suavemente la imagen del rostro triste de su amigo Águila Buena. Venado Corredor pestañeó; luego, sacudiendo la cabeza tristemente, empujó hacia atrás la barra de plata y la turquesa.

-Lo siento -dijo-. El año que viene, cuando venda mi lana, compraré plata y turquesa. Ahora debo comprar alimento para mi amigo y su madre. Ellos tienen hambre.

Venado Corredor escuchó la suave respiración de su padre que estaba de pie a su lado. Mientras el traficante apilaba las provisiones sobre el mostrador, frente a él, temía levantar la vista. ¡Ay! Su padre pensaría que él era tan débil y tonto como una niña. Ahora, aun cuando él tuviera su propio metal, su plata para trabajar, probablemente Caballo Solitario se mofaría de sus nuevos diseños. Venado Corredor suspiró. Sintió que algo se movía junto a él, y levantando la vista, vio los ojos dulces y suaves de su madre que lo miraban. Se alegró porque ella no estaba enojada con él y porque lo acompañó desde el puesto de intercambio hasta el carruaje.

Allí, los dos esperaron en silencio a que llegara Caballo Solitario. Venado Corredor trató de imaginar el placer que se dibujaría en el rostro de Águila Buena cuando oyera junto a su hogar el canto anunciador del visitante y viera el regalo de alimentos que le llevaba. Pero por alguna razón su mente no pudo retener esa imagen; sus pensamientos fueron arrastrados de vuelta a su padre.

En eso la puerta del puesto de intercambio se abrió, cerrándose luego con estrépito. A Venado Corredor se le secó la garganta. Se quedó observando a su padre que se acercaba a la carreta. El rostro de

Caballo Solitario tenía una expresión apacible y calma, y parecía más alto que de costumbre. En lugar de subir a la carreta, se detuvo y miró a su hijo. Extendiendo luego la mano, le pasó algo. Venado Corredor casi no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Tenía ahora en sus manos una barra de plata y un pedazo de piedra turquesa... mucho más grandes que los que él habría podido obtener a trueque de sus mercancías.

-Para ti, Venado Corredor -dijo Caballo Solitario-. Tú eres un verdadero hijo de nuestro pueblo... Un hijo mejor que yo, porque yo he permitido que en mi corazón se albergaran pensamientos despiadados. Desde hoy tus amigos serán siempre bienvenidos en nuestro hogar. Un padre debe vivir a la altura de la bondad que existe en el corazón de su hijo. Mañana te ayudaré a realizar tus nuevos diseños.

Y mirándole con sus chispeantes ojos negros, añadió:

-Tal vez hasta llegarán a gustarme.

-Gracias, papá -respondió gravemente Venado Corredor. Pero aunque trató de hacerlo, no pudo ocultar una sonrisa de felicidad.